

Otros territorios: una discusión sobre la relación entre cultura y política desde Bourdieu aplicable al estudio de jóvenes escolarizados¹

Juan Dukuen²

Resumen

En este artículo discutimos las tesis de Bourdieu que afirman la relación estrecha entre la distribución desigual del capital cultural y la formación de disposiciones políticas. Comenzamos desarrollando las tesis bourdeanas sobre el vínculo entre capital cultural y disposiciones políticas. Luego señalamos algunos puntos críticos para reelaborar los límites teóricos y ampliar los fundamentos empíricos de la propuesta bourdeana. Finalizamos presentando como caso ilustrativo resultados preliminares de un estudio sobre las disposiciones hacia la política en jóvenes escolarizados de clases populares que contribuyen a matizar las tesis de Bourdieu y comprender la existencia de *grados de desposesión* y de *competencias sociales y políticas* no basadas en el capital cultural y el lenguaje legítimo.

Palabras clave: cultura, política, jóvenes, Bourdieu.

Abstract

In this paper we discuss Bourdieu's thesis that indicate the close relationship between the unequal distribution of cultural capital and the formation of politics dispositions. We started developing Bourdieu's thesis on the link between cultural capital and political arrangements. Then we outlined out some critical points to rework the theoretical limits and expand empirical grounds of Bourdieu's proposal. We conclude showing preliminary results of a study of the dispositions to politics in young students of popular classes that contribute to nuanced Bourdieu's thesis for understanding the existence of degrees of dispossession and social and political skills are not based on cultural capital and legitimate language.

Keywords: culture, politics, youth, Bourdieu.

¹ Este artículo cuenta con el aval del proyecto PIP (CONICET) 11220100100307, bajo la dirección de la Dra. M. Kriger.

² CONICET/IIGG-UBA. Doctor en Ciencias Sociales (UBA), becario de posgrado del CONICET y docente de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.

Si abordamos las investigaciones de Bourdieu en torno a “la política” en la sociedad francesa, podríamos distinguir tres ejes interrelacionados que pueden ser ordenados cronológicamente. En el primer eje, puesto en forma a partir de 1973 y desarrollado in extenso en el capítulo 8 de *La distinción* (1979), Bourdieu trabaja la *relación estrecha entre cultura y política*. El autor realiza la crítica de los sondeos de opinión (Bourdieu, 1973) como expresión de la falacia democrática liberal burguesa que parte de la igualdad de todos los ciudadanos de producir y expresar opiniones políticas, para mostrar el ocultamiento de la distribución desigual del capital cultural entre las clases, que fundamenta la desigual competencia social y técnica sobre política, y la *desposesión* concomitante de los dominados a favor del monopolio de los dominantes. En un segundo eje (Bourdieu, 1981, 1984), aborda un análisis de la producción de la *representación política* de las clases populares en los sindicatos y partidos como resultado de la *desposesión*, centrada en una inevitable delegación en los profesionales de la política –portavoces autorizados– que al mismo tiempo es una *alienación*. El tercero, que también podemos ubicar a comienzos de los ochenta y se extiende hasta el final de la carrera de Bourdieu (1981, 2000), se centra en el *modo de funcionamiento del campo político* (cfr. Gutiérrez, 2005; Wacquant, 2005; Lane, 2006: cap. 4) como espacio relativamente autónomo de producción de la política, donde operan en concurrencia especialistas “a tiempo completo” (políticos, sindicalistas, periodistas especializados), problemática que se desprende de los dos ejes anteriores, con sus posibilidades y limitaciones.

En este artículo nos centraremos en una crítica teórico-empírica del primer eje, entendiendo que allí se juegan los límites y posibilidades de la concepción de “la política” en Bourdieu, que operan como supuesto y fundamento en sus desarrollos posteriores relativos a la *delegación/representación* y al *campo político*. Para ello, comenzaremos realizando un recorrido sobre las tesis que muestran la relación estrecha entre cultura y política, luego señalaremos algunos puntos críticos relativos a esbozar un cambio de perspectiva que permita reelaborar los límites teóricos y ampliar los fundamentos empíricos de la propuesta bourdeana, para finalizar presentando resultados preliminares de un estudio sobre las disposiciones hacia la política en jóvenes

escolarizados de clases populares que contribuye a matizar las tesis de Bourdieu y comprender la existencia de *grados de desposesión* y de *competencias sociales y políticas* no basadas en el capital cultural y el lenguaje legítimo.

Cultura y política en Bourdieu

Bourdieu comienza su análisis sobre “la política” mediante una crítica de los sondeos de opinión (Bourdieu, 1973) –extensible a la democracia liberal burguesa y el voto– que parten del supuesto de la igualdad de todos los ciudadanos para *producir y expresar opiniones políticas*, ocultando un mecanismo censatario apoyado en la distribución desigual de la *competencia social y técnica hacia la política* entre las clases, cuyo fundamento se encuentra en la distribución desigual del capital económico y especialmente cultural (Bourdieu, 1979: cap. 8; 1980). En el célebre artículo de 1973, “La opinión pública no existe”, el sociólogo plantea su crítica a las encuestas de opinión por imponer un *artefacto de imposición de problemática* política que obvia la desigual distribución de las competencias para formar una opinión política, disimulando que lo que se llama “opinión pública” en un momento dado es resultado de un estado de relaciones de fuerza entre las clases relativo a la distribución del capital económico y cultural. En sus trabajos siguientes sobre *cultura y política*, Bourdieu (1979: cap. 8; 1980) profundiza en mostrar la *trampa* presente en el supuesto de partida de los sondeos de opinión, relativo a que la competencia social y técnica para constituir y responder a una pregunta política es universal. En el capítulo 8 de *La distinción*, que aborda la relación entre *cultura y política*, desarrolla la tesis que señala que producir una respuesta a un sondeo sobre política, votar, leer un periódico de opinión o afiliarse a un partido son casos particulares de una coincidencia entre

por un lado el *campo de producción ideológica*, universo relativamente autónomo, donde se elaboran en la competencia y el conflicto los instrumentos de pensamiento del mundo social objetivamente disponibles en un momento dado del tiempo [...] *lo pensable políticamente* o si se quiere, la *problemática legítima*; por el otro, unos agentes sociales que ocupan unas posiciones diferentes en el campo de las relaciones de clase y están definidos por una *competencia política específica* más o menos grande [...] para reconocer la

cuestión política como política y tratarla como tal [...] a partir de principios propiamente políticos (y no éticos, por ejemplo) [...] Puede en efecto suponerse que la competencia en el sentido de capacidad técnica (cultura política) varía de igual modo que la competencia en el sentido de capacidad socialmente reconocida, de atributos y atribución estatutarios –lo contrario de lo cual es a la vez impotencia y exclusión objetiva (“no es asunto mío”) y subjetiva (“eso no me interesa”). (Bourdieu, 1979: 465-466)

Para desmontar el falso supuesto de la igualdad frente a la cultura y la política, el sociólogo toma el índice de no respuesta a diferentes encuestas sobre temas “políticos” –desde la educación superior hasta la relación de Francia con Argelia (Bourdieu, 1979)– que le permite evidenciar, a partir de una serie de correlaciones, que las competencias (social y, por derivación, técnica) para producir opiniones sobre política están desigualmente distribuidas entre las clases. Allí aparecen varios hallazgos empíricos que sintetiza en una conferencia de 1980 titulada “Cultura y política” (1990a): el primero remite a que las mujeres se abstienen de opinar de cuestiones políticas más que los hombres. Además, la abstención crece a medida que las preguntas son más políticas, pero tiende a desaparecer cuando las preguntas son “morales”. Este punto indica que la competencia técnica para responder a una pregunta política (el saber relativo a la historia política, el lenguaje político, etcétera) se fundamenta en una *competencia social*, basada en la división sexual del trabajo en la sociedad francesa de los setenta –no hay que olvidarlo– analizada por Bourdieu: la política es instituida socialmente como derecho y deber propiamente masculino, y esa *competencia social* es la que hace que sea más probable que un hombre se sienta digno de ocuparse de ella y adquiera la *competencia técnica*, que una mujer. Entonces, lo que hallamos en primera instancia es una autocensura, basada en la interiorización de un *habitus* sexuado enmarcado en lo que Bourdieu comprenderá como ejemplo de “la dominación masculina” (1990c; 1998), relativa a un sentimiento social de competencia o incompetencia –respectivamente– instituido socialmente, que opera como un resorte para la acción.

El segundo hallazgo empírico es la correlación clara entre capital cultural y opinión política, relativo a que el índice de no-respuesta crece a medida que baja el capital cultural de los agentes, lo que permite mostrar los efectos del capital escolar e incluso diferencias entre hombres y mujeres según las fracciones de clase analizadas. Bourdieu (1979: 476-478) observa una correlación muy marcada entre el capital escolar y ciertas

competencias que la escuela no enseña directamente, como las relativas al arte o la política. No olvidemos que, según las tesis de *La reproducción* (Bourdieu y Passeron, 1970), la escuela contribuye a la reproducción de la distribución desigual del capital cultural entre las clases: al exigir una relación con la cultura legítima y especialmente con el lenguaje que se aprende en el seno de la familia (y que la escuela no enseña), legitima a las “clases cultas”, sembrando el sentimiento de ilegitimidad de aquellas clases que no están familiarizadas con la cultura legítima. Para el sociólogo, la escuela es el lugar de un *acto de institución* que, mediante sus rituales y sus títulos, produce subjetiva y objetivamente diferencias y distinciones estatutarias muy marcadas:

entre los efectos más ocultos del sistema escolar se encuentra el de “nobleza obliga” [...] aquellos que están socialmente designados como competentes, como quienes tienen el derecho a la política, que es al mismo tiempo un deber, poseen mayores oportunidades de convertirse en lo que son, de convertirse en lo que les dicen que son, es decir, en competentes en política. (Bourdieu, [1980] 1990a: 256-257)

Este punto es central porque hace a la división del trabajo político: a medida que disminuye el capital escolar poseído, y su efecto de institución de derecho y deber hacia la política, crece la propensión a *delegar* en aquellos reconocidos como competentes la palabra autorizada sobre política (cfr. Bourdieu, 1979: 484-485). Cabe recordar este punto porque de aquí derivan los dos ejes que señalamos en la introducción, relativos al peso de la representación política como *fides implicita* en las clases dominadas en su vínculo con un proceso de *alienación* donde los partidos ganan autonomía en relación a sus bases (Bourdieu, 1984), y la constitución de un *campo político* de especialistas a tiempo completo en concurrencia (políticos profesionales/partidos, sindicalistas, periodistas especializados) por imponer el sentido de las problemáticas políticamente legítimas.

Además, como muestra Bourdieu en el capítulo 8 de *La distinción* (1979: 469-470), la correlación entre capital cultural y competencias de producción de opiniones políticas va a su vez pegada a la división sexual del trabajo, y en este punto se encuentran ambos hallazgos: cuando se analizan las fracciones de la clase dominante más ricas en capital cultural y más pobres en capital económico –los intelectuales–, la diferencia entre hombres y mujeres tiende a desaparecer. Por el contrario, si se analiza la burguesía

tradicional, aunque la diferencia disminuye, lo hace de forma mucho menos marcada. Esto indica que

las mujeres que se sitúan del lado del polo intelectual, a quienes se les reconoce socialmente una competencia política, poseen para la política disposiciones y competencias que difieren infinitamente menos de las de los hombres correspondientes que lo que difieren las de las mujeres de otras fracciones de clase o de otras clases. (Bourdieu, [1980] 1990a: 256)

El análisis de Bourdieu establece una clara correlación entre *cultura y política*. De hecho, la competencia (y el capital) social-cultural desigualmente distribuida en el espacio social hace que sea una *autocensura de los más desfavorecidos* lo que derive en *autoeliminación* bajo el lema “esto no es para nosotros” (lo que vale para la política también opera en el arte y la escuela, como se ve en *La distinción*); sustituyendo formas de censura directas como los regímenes censatarios legales del pasado, relativos a la tenencia o no de títulos de propiedades, de nobleza, etcétera. Esta transformación en la modalidad de las “censuras” es un claro ejemplo de la sustitución de la *violencia abierta* (que puede ser física o no) por la *violencia simbólica*, que implica operaciones solapadas de incorporación de la dominación, las cuales aparecen mediante la apelación a un universal que oculta sus fundamentos desiguales (cfr. Bourdieu, 1980: cap. 8).

De esta manera, para el sociólogo francés, la posibilidad de responder a una pregunta política explícita, o de producir una opinión política sin que primero haya una demanda abstracta como la del sondeo, se encuentra ligada a variables muy similares al acceso a la cultura. En este punto, Bourdieu (1979: 490 y ss.) propone describir *tres modos de producción* de una respuesta a una pregunta política, de los cuales sólo los dos últimos son *propriadamente políticos*. El *primero* responde al

ethos de clase, fórmula generadora no constituida como tal que permite engendrar sobre todos los problemas de la existencia ordinaria respuestas coherentes entre sí, y compatibles con los postulados prácticos de una relación práctica con el mundo. (Bourdieu, 1979: 490)

Es la operación espontánea y prerreflexiva de un *ethos de clase* lo que se observa tanto en las no-respuestas, como en las respuestas u opiniones que aplican *esquemas morales*

a preguntas que solicitan respuestas *políticas* (lo mismo sucede en la percepción moral y no estética de las obras de arte, como también muestra Bourdieu), cayendo en la *alodoxia* o reconocimiento inadecuado de problemática. La primacía de este modo de producción se observa, según el análisis de Bourdieu, sobre todo en los sectores con escaso o nulo capital cultural legítimo, siendo el ejemplo extremo las trabajadoras manuales analfabetas. El *segundo modo de producción* implica un “sistema de principios explícitos y específicamente políticos [...] una especie de axiomática política (en el lenguaje ordinario una ‘línea’ o ‘un programa’)” que permite engendrar o prever los juicios y actos políticos (cfr. Bourdieu, 1979: 491). Aquí estaríamos en el extremo contrario, basado en la posesión de un grado relativamente alto de competencia social y técnica, y por lo tanto de autonomía frente a la oferta de tomas de posición, producidas en el campo político, que suele ser el caso de la fracción intelectual de la clase dominante. El *tercero* implica una *elección en dos grados*: el *reconocimiento* de la respuesta se realiza conforme a la “línea” definida por un partido u organización política mediante una “delegación tácita o explícita” (Bourdieu, 1979: 491) que aparece recurrentemente entre los obreros, especialmente los que se identificaban con el Partido Comunista Francés en la década del setenta.

Al describir estos *tres modos de producción de la opinión*, Bourdieu encuentra dos diferencias relativas a las *disposiciones políticas*. La primera remite a que, en los dos modos propiamente políticos de producción de juicios, los principios que los fundamentan son constituidos explícitamente, sea por el propio agente que cuenta con una *competencia política propia*, o por la instancia en la cual *delega* la producción y gestión de los principios políticos. La segunda diferencia opera en otro nivel y remite a la *formación de las disposiciones políticas*: sin estar mecánicamente ligadas a la clase, se encuentran vinculadas a ellas mediante “las condiciones materiales de existencia cuyas urgencias vitales se imponen con un rigor desigual” en paralelo a la posibilidad de “neutralización simbólica” de esas condiciones; y por medio de la *formación escolar* capaz de procurar “los instrumentos de dominio simbólico de la práctica, es decir, de la verbalización y de la conceptualización de la *experiencia política*” (Bourdieu, 1979: 491). De hecho, aparece allí un punto relativo al *uso del lenguaje* específico propio del *campo político*: “la diferencia entre los hombres y las mujeres [...] entre los más y los menos instruidos, es especialmente grande cuando se trata de preguntas al estilo Ciencias Políticas” (Bourdieu, [1980] 1990a: 257). Esto significa que la *posesión o desposesión* de un cierto capital cultural (un uso y una comprensión del lenguaje

políticamente legítimo en este caso) implicaría una verdadera barrera a la hora de la producción de una opinión *propriadamente* política (en un lenguaje político legítimo, insistimos). Esto se debe a que, para Bourdieu, la opinión política

supone una relación neutralizada y neutralizadora con el lenguaje. Para contestar una pregunta de ciencia política es necesario tener una postura análoga a la que requiere, por ejemplo, el ensayo escolar, una disposición que supone también muchas conductas, como el hecho de mirar un cuadro con interés por la forma y la composición en lugar de considerar únicamente lo que representa. (Bourdieu, [1980] 1990a: 258)

Esto significa que la posibilidad de establecer una distancia con el mundo y sus urgencias (neutralización simbólica) –con la experiencia propia y ajena (como única e intransferible)–, que permite salir de la *evaluación moral* objetivando *verbalmente* la experiencia mediante la aplicación de *esquemas propriadamente políticos* que la sacan de su *singularidad* insertándola en el marco de las relaciones sociales, se encuentra condicionada por la distribución desigual del capital económico y cultural, especialmente el escolar. Para Bourdieu, la política se encuentra en el pasaje del caso particular y de la evaluación moral a la inserción en el nudo de las relaciones sociales como *problemática común* de clase o grupo: “esta dialéctica de lo general y lo particular está en el centro de la política y en especial de la acción de *politización*” (Bourdieu, 1979: 509).

Una discusión sobre la relación entre cultura y política

El abordaje bourdeano de la relación entre *cultura* y *política* que acabamos de esbozar ha dado lugar a críticas que en parte podríamos imputar a la ausencia de sutileza expositiva en Bourdieu y en parte a los artilugios de las polémicas de algunos de sus críticos. Entre ellas se destaca la propuesta de Charlotte Nordmann (2010), que ha escrito un libro por demás significativo sobre el abordaje bourdeano de la política en contrapunto con la posición de Rancière, lo cual merecería un abordaje puntual que aquí no podemos exponer. Sí nos detendremos en sus críticas a Bourdieu.

A partir de una particular lectura de los textos bourdeanos, Nordmann saca una serie de *conclusiones* sobre la posición del sociólogo relativa a la política, y en especial a la relación que con ella tendrían los sectores dominados: presos de la necesidad económica y sus urgencias prácticas de supervivencia, los sectores “desfavorecidos” carecerían de las condiciones de distancia con la necesidad como para adquirir las disposiciones y esquemas que permiten desarrollar un dominio simbólico de su práctica, y por lo tanto estarían “encerrados en las categorías del pensamiento práctico” (Nordmann, 2010: 30). Tomando como punto de partida la máxima de Marx que Bourdieu cita en *La distinción*, relativa a que “el lenguaje es la conciencia práctica” (Bourdieu, 1979: 464, n. 3), se concluiría que, al estar “pegados” a la experiencia práctica única e irrepetible, los dominados desarrollarían un lenguaje incapaz de realizar la objetivación y el encuadre, como problemática común, de la experiencia singular, que es *lo propio* del modo de pensamiento político: “El lenguaje de los dominantes no es simplemente el único legítimo, de creérsele a Bourdieu, es el único que permite la adopción de una mirada objetiva sobre sí mismo” (Nordmann, 2010: 30).

Las críticas de Nordmann, si bien tienden a radicalizar algunos puntos de las tesis de Bourdieu, atacan varios problemas que hacen a la sutileza del análisis, la cual se encuentra a veces debilitada, tanto en Bourdieu como en las afirmaciones polémicas de sus comentaristas. Para comenzar a afinar el lápiz se debería dejar en claro a qué fracción de las clases dominadas hace referencia Bourdieu cuando elabora la famosa tesis sobre el papel que juega *la distancia con la necesidad* a la hora de desarrollar disposiciones “escolásticas”, o, si se quiere, “intelectuales” (estéticas y políticas), y la importancia que allí juega la verbalización o puesta en discurso propiamente política. En *La distinción*, la hipótesis de la ausencia de distancia con la necesidad como barrera para desarrollar disposiciones escolásticas, sean estéticas o políticas, en las clases populares tiende a radicalizarse. De ahí las pertinentes críticas de Grignon y Passeron (1991) relativas al *dominocentrismo* y *miserabilismo* presente en la posición de Bourdieu, cuando imputa un “gusto de necesidad” a las clases dominadas, basado en la relación entre funcionalidad y bajo costo de los consumos (Bourdieu, 1979: cap. 7). Siguiendo el análisis de Nordmann (2010: 73 y ss.), entendemos que sería más pertinente sociológicamente establecer *grados de distancia con la necesidad*, y no confundir *al conjunto de las clases dominadas* con, por ejemplo, “el caso extremo de las mujeres que son obreras especializadas –son la mayoría dentro de esta categoría–,

provincianas, analfabetas, con una competencia estatutaria nula, y por ende una competencia técnica casi nula” (Bourdieu, [1980] 1990a: 261).

Cabe recordar que Bourdieu desarrolla la tesis de la distancia con la necesidad dieciséis años antes del célebre capítulo sobre las clases populares presente en *La distinción* (1979: cap. 7), en sus análisis de comienzos de los sesenta sobre el trabajo y los trabajadores en el pasaje de una sociedad precapitalista a una capitalista, vía colonización en Argelia. En *trabajo y trabajadores en Argelia*, señala que la inmersión en la necesidad económica no permite a los *subproletarios* desarrollar un proyecto político, en este caso revolucionario, cosa que por el contrario se vuelve posible en los proletarios que cuentan con un trabajo asalariado. Impidiendo la elaboración de un plan de vida individual, “el desempleo y el trabajo intermitente impiden la constitución de un sistema de fines y de orientaciones colectivas de la conciencia revolucionaria” (Bourdieu et al., 1963: 385-386). Frente a ello aparecen los *proletarios*, con estabilidad laboral, derechos sociales y una rutina de trabajo racionalizada según las pautas del capitalismo moderno que los separa radicalmente de los *subproletarios* que

no se encuentran lo suficientemente distanciados de su condición para constituirlos en objeto [...] no acceden jamás a la conciencia del sistema como responsable también de su falta de instrucción y calificación profesional. (Bourdieu et al., 1963: 308)

Para Bourdieu, por el contrario, los *proletarios* serían capaces de

aprehender su existencia de modo sistemático y realista con referencia a un futuro colectivo, y de aceptar deliberadamente los sacrificios o los renunciamentos que son solidarios de toda acción revolucionaria. (Bourdieu et al., 1963: 386)

Esto se debe a que los trabajadores asalariados tienen

una percepción justa de la situación objetiva e incluso de las posibilidades objetivas que se ofrecen a cada individuo de su condición; aun cuando ella no llegue a expresarse en un discurso adecuado, esta conciencia se expresa sin equívoco en el lenguaje de las conductas y de las actitudes. (Bourdieu et al., 1963: 328-329)

Resulta de suma importancia recordar los textos de 1963, porque, al ser exploratorios y no contar con una teoría ya desarrollada (como sí lo vemos en *La distinción*), guardan un grado de sutileza interesante. Al establecer una distinción entre *subproletarios* y *proletarios*, el autor nos permite pensar que la *desposesión* tiene grados –como bien reclama Nordmann (2010: 73 y ss.)–, y, por lo tanto, también lo tiene *la dominación*. Llamamos la atención sobre el hecho de que Bourdieu señala que no producir un discurso “adecuado” sobre la propia experiencia no impide tener una captación sistemática y objetiva de su situación y participar de un proyecto político. Esto permitiría discutir la conclusión taxativa que produce Nordmann sobre la posición del autor en relación al lenguaje –a la cual las “exageraciones” del sociólogo contribuyen–, y pensar que no sólo cierto capital cultural anclado en un uso del lenguaje legítimo, sino también *otro tipo de experiencias y competencias adquiridas en dominios de la práctica no escolares*, como el trabajo asalariado, las luchas sindicales y sociales, permiten desarrollar tanto una *competencia social* como una *competencia técnica*, como *modos de comprensión política del mundo social*.

En ese sentido, no estamos negando que la posibilidad de formación de disposiciones políticas tenga condiciones sociales desigualmente distribuidas, sino que esa afirmación, que es una *denuncia de la desposesión y de la tendencia al monopolio del trabajo político en manos de los dominantes*, carecería de sentido si no existiese la posibilidad de formar e incorporar, mediante *otras prácticas colectivas*, disposiciones políticas que permitan luchar contra la *desposesión* mediante caminos que pueden ser o no los tradicionales o legítimos.

El problema reside en que los análisis de Bourdieu muchas veces ganan en generalidad lo que pierden en sutileza. Trabajos como *La distinción*, que reconstruyen el espacio social francés mediante el estudio de la distribución desigual del capital económico y cultural entre las clases, al estar basados en el análisis de encuestas y secundariamente en entrevistas, y dejar de lado la descripción etnográfica, pierden de vista “el proceso específico mediante el cual se configura un *habitus* determinado” (Bernstein, 1996: 133), o sea, los modos de formación y de funcionamiento práctico de las disposiciones (en este caso, hacia la política) en los diferentes *dominios de la práctica*, como pueden ser el escolar, la militancia política o la participación en organizaciones sociales. El estudio etnográfico de la formación de las disposiciones permitiría comprender las diferentes variantes en la incorporación de una condición social como *habitus* de grupo o clase. Por ejemplo, comprender que la *relación con la necesidad económica* no se

vive en su desnudez sin sentido (como efecto de una relación pura de fuerzas), sino *como sentidos plurales* en el marco de relaciones prácticas también plurales. De hecho, la *necesidad económica* también puede vivirse como sentido de aprovechamiento de las oportunidades escasas, o sea, en forma contraria a la autoexclusión del “esto no es para nosotros” que tanto gusta a Bourdieu: en el caso de Francia, Lahire (1995) muestra cómo en familias de clases populares donde no hay un capital cultural legítimo, la operación de un conjunto de prácticas de vigilancia moral, de ordenamiento regular del uso del tiempo, se incorpora en los niños que en la escuela encuentran un desarrollo favorable. Algo también interesante ocurre con las jóvenes inmigrantes que se ocupan de gestionar los gastos y las facturas de la vida doméstica, así como las relaciones familiares con las administraciones estatales: adquieren disposiciones planificadoras que encuentran un contexto favorable en la vida escolar. Para ir más allá de los ejemplos trabajados por Lahire que no hacen referencia explícitamente a la formación política, pero sí a la formación de un capital escolar en sectores populares que, según Bourdieu, es una de las condiciones para desarrollar competencias sociales y técnicas relativas a la política, tomaremos a continuación un *caso práctico* que permite matizar las hipótesis de Bourdieu sobre la relación entre cultura y política.

Un caso práctico: disposiciones hacia la política en jóvenes escolarizados de clases populares

En el marco de un estudio mayor que se centra en el abordaje de la relación entre jóvenes, ciudadanía, política y nación³ (Kriger, 2012; Kriger y Dukuen, 2012a y 2012b; Kriger y Bruno, 2013), analizamos las disposiciones hacia la política en jóvenes escolarizados de diecisiete y dieciocho años de siete colegios de Buenos Aires y el conurbano bonaerense. La recolección total de datos realizada entre 2010 y 2012 constó de una muestra de 280 alumnos. Se llevó a cabo mediante un estudio descriptivo con un diseño transversal, con la aplicación de un cuestionario escrito autoadministrable de 34 ítems. Ese cuestionario nos permitió indagar, en primera instancia, en la distribución del capital económico y cultural entre el alumnado de las escuelas, observar su enorme

³ La misma es llevada a cabo en el marco de los proyectos: UBACyT 2002009020037 y PIP (CONICET) 11220100100307, bajo la dirección de la Dra. M. Kriger, y pretende demostrar relaciones determinantes entre el desarrollo de la identidad nacional, la comprensión histórica y el pensamiento político.

desigualdad y, por consiguiente, distinguir los siete establecimientos según clases sociales.⁴ Además, nos permitió evaluar modalidades y grados de participación política y social en los estudiantes. El análisis de los datos cuantitativos evidenció una muy baja participación política que atraviesa a todas las clases y coincide con lo señalado para el nivel universitario por Delfino y Zubieta (2010). En consonancia, observamos además que la negativa absoluta hacia la participación política mostraba índices altos en todas las clases. Sin embargo, esa negativa era mayor entre los “jóvenes” de clases medias que entre los de clases populares y altas (cfr. Kriger y Dukuen, 2012a y 2012b)⁵. Este punto nos llamó la atención, ya que habíamos partido de la hipótesis de Bourdieu (retomada para el nivel universitario en el estudio de Gordon y Mognillansky, 2003) sobre la relación estrecha entre capital cultural y disposiciones políticas, lo cual hacía plausible hallar la mayor negativa en clases populares. Por el contrario, no sólo eso no era así a nivel cuantitativo, sino que se expresaba también “cualitativamente”.

En ese sentido, de modo ilustrativo y como punto de partida para la formulación de hipótesis conjeturales que estamos explorando en trabajos en curso (Kriger y Dukuen, 2013, en preparación), presentamos a continuación resultados preliminares de una observación realizada tras aplicar el cuestionario en una de las escuelas de clases populares (Laferrere, La Matanza, provincia de Buenos Aires). En esta escuela pudimos observar⁶, en situación de aula, discusiones entre los estudiantes relativas a la identificación política. En primera instancia, mientras algunos⁷ no daban cuenta de tener adscripción política, otros adscribían verbalmente o bien al “peronismo federal” o al “kirchnerismo”, mediante la apelación agonística de apoyo a uno u otro de sus representantes máximos: “Cristina” o “De Narváez”.

En relación con estas “identificaciones” (Cooper y Brubaker, 2001), las discusiones se centraron en la interpelación política a la “juventud” y el autorreconocimiento dentro de esa categoría. Cabe aclarar aquí a qué nos referimos con “jóvenes” y/o “juventud”,

⁴ Para profundizar en la metodología y los hallazgos cuantitativos, ver Kriger y Dukuen (2012a y 2012b).

⁵ Este análisis se basa en un extracto de la muestra compuesto por sujetos (n= 140) concurrentes a tres escuelas que indican tres condiciones de clase muy marcadas en nuestro relevamiento por el peso relativo del capital cultural. En ese sentido, los porcentajes de negativa a la participación política fueron: colegio de élite, 67,4%; colegio público de clases populares, 72,1%; colegio público de clase media, 81,8%. Los datos cuantitativos y los análisis a los que aquí hacemos referencia se encuentran detallados en Kriger y Dukuen (2012a y 2012b).

⁶ La recolección de datos, la observación y las notas de campo en esa escuela fueron realizadas por Cynthia Daiban, Luciana Guglielmo (integrantes del UBACyT 2002009020037) y Juan Dukuen (integrante del PIP –CONICET– 11220100100307).

⁷ Insistimos en aclarar que el caso que presentamos es sólo ilustrativo y está siendo profundizado en un trabajo en curso (Kriger y Dukuen, 2013).

teniendo en cuenta los estudios sobre juventud y política (cfr. Vázquez, 2012a y 2012b) que toman como referencia a Bourdieu (1990b). Ser identificado e identificarse como “joven” no responde a una *esencia*, sino a una *relación*: remite a las luchas entre clases sociales y sus “generaciones” por la apropiación de diferentes especies de capital específico –en este caso, *simbólico-político*–, y, por ende, a la capacidad de movilización de un grupo que, lejos de ser identificable por rasgos en sí (es decir, esenciales, como la edad), es construido en oposición a otros (los viejos) por un acto performativo del lenguaje encarnado en instancias de poder simbólico: en este caso, los dirigentes políticos y la acción de partidos y sindicatos. De allí que, por un lado, varios alumnos hayan identificado la interpelación “juvenil” y hacia “la juventud” en las publicidades de De Narváez no sólo por los rasgos verbales y visuales presentes en sus spots de campaña –2009⁸–, sino también en aquello que subtiende al discurso verbal y refiere a marcas corporales del representante “político”, como su tatuaje, que estos “jóvenes” reconocieron como rasgo propiamente “joven” de identificación común. Por otro lado, otros alumnos identificados con el kirchnerismo señalaron que su “preocupación” como “jóvenes” por “la política” se debía al “gobierno de Kirchner”, gracias al cual “estaban mucho mejor”. Y llamaron la atención sobre “el acompañamiento de la juventud en el velorio de Néstor”, lo cual puede ser enmarcado en la interpelación a “la juventud” y “los jóvenes” que el “kirchnerismo” realiza de manera explícita, siendo un ejemplo –entre muchos otros– el acto convocado por la presidenta Cristina Kirchner bajo el lema “La juventud le habla a Néstor, Néstor le habla a la juventud”, en septiembre de 2010 (cfr. Vázquez, 2012c; Vázquez y Vommaro, 2012).

Cuando a los estudiantes les propusimos debatir en torno a las preguntas que les realizamos en el cuestionario, la discusión giró hacia el carácter más o menos “político” de las mismas: mientras un alumno que no se identificaba políticamente señaló su oposición a que “le preguntemos tanto sobre política porque ‘no le interesaba’”, otro, que adscribía al “peronismo federal”, le respondió que “todo tiene que ver con la política, y que siempre se hace política”, y enseguida reanudó su discusión de larga data –según pudimos saber– con una adversaria “cristinista” en torno al gobierno nacional. Es más, varios alumnos nos dijeron que al cuestionario le faltaron preguntas “más

⁸ Como ejemplo, se puede observar el spot llamado “voluntarios”, donde unos “jóvenes” buscan fiscales de mesa: <http://www.youtube.com/watch?v=Pm7KoelgIho>.

directas” sobre política, como “de qué partido políticos sos”, “qué te parece Cristina”, “cómo ves el gobierno ahora”.

Debemos insistir en el carácter ilustrativo de las descripciones que acabamos de presentar, que aquí referimos de manera general, pero que están siendo profundizadas en el trabajo en desarrollo mencionado. Aclarado esto, y sin ánimo de caer en ingenuidades populistas, resulta difícil imputar las tomas de posición política de los jóvenes de clases populares que acabamos de mostrar a un capital cultural legítimo que no poseen,⁹ aunque siendo agentes escolarizados no están en los extremos de la *desposesión* cultural. Esto hace que sea necesario tener en cuenta la existencia de *diferentes grados de desposesión*, tanto económica (que en los alumnos de esta escuela es grande) como cultural-escolar, que en este caso se encuentra matizada si se la compara con sectores populares no escolarizados. Sin ser conclusivos y sólo a modo de hipótesis, entendemos que las discusiones que ilustramos mostrarían el funcionamiento de *por lo menos dos de los modos de producción de respuesta a una pregunta política*: uno propio del *ethos* en el cual se juegan o bien la no respuesta como autoexclusión, o bien el “desinterés” que señaló explícitamente un alumno; y otro en *dos grados*, que, siendo propiamente político, se evidencia en las adscripciones partidarias de los alumnos como marco desde el cual se evalúan las preguntas políticas. En lo relativo a la posición de Bourdieu y sus intérpretes críticos, lo importante es notar que en casos como estos, donde no estamos frente a militantes políticos ni jóvenes “intelectuales”, ni a los usos del lenguaje concomitante, también se producen tomas de posición políticas. Esto implicaría poner en duda la tesis radical de que sólo el lenguaje legítimo, cuyo monopolio está en manos de “los dominantes”, permite expresar algún grado de competencia social y técnica en política. Lo cual nos llevaría a discutir si *las problemáticas políticas* se expresan de manera *necesaria y universal* en un lenguaje “escolástico” del tipo “ciencias políticas”, o si es una característica propia del modo de funcionamiento del *campo político francés* de mediado de los setenta, sobre todo teniendo en cuenta que cuando Bourdieu se refiere a un lenguaje de “Ciencia Política” remite tanto a la disciplina como a una de las grandes escuelas –el Instituto de Estudios Políticos de París (Sciences Po)– que forman “la nobleza de Estado” en el polo del poder económico y político en Francia, y que no es extensible a otros Estados nación, como se ve en los análisis comparativos del papel de la educación de élite en Argentina

⁹ Un buen índice de esta desposesión son los datos que obtuvimos sobre el capital cultural heredado, medido por la titulación del padre: 62,3% primario; 34,4% secundario y 3,3% terciario/universitario.

y Francia (cfr. Heredia, 2012; Méndez, 2013: 287-298). De hecho, en los casos donde la desposesión no es absoluta, el problema de las tomas de posición política es una cuestión de *grados de competencia* tanto social como técnica, más que de *extremos*.

En relación con el “caso práctico” que acabamos de ilustrar, proponemos, como hipótesis conjetural para ser profundizada en futuros trabajos sobre la formación de las disposiciones políticas, que los modos de interpelación que toman al pueblo como sujeto –en este caso, a los “jóvenes” de clases populares en el marco de un proyecto “común” operado desde el Estado que refiere a lo “nacional y popular” mediante prácticas discursivas y no discursivas– podrían contribuir a su autorreconocimiento como agentes políticos: como todo proceso que tiende a producir una suerte de “toma de conciencia política”, se vuelve “solidario con una verdadera empresa de rehabilitación y restauración de la autoestima” (Bourdieu, 1979: 460), que puede dar lugar a la institución de una *competencia social* que entroncaría con la *posibilidad* de formación de *grados de competencia técnica* en política. Esto implica comprender la formación de disposiciones políticas cuyo fundamento no sería el capital cultural legítimo, sino modos de circulación de los capitales sociales y simbólicos, es decir, formas de *reconocimiento* con una legitimación localizada, las cuales pueden ser extremadamente heterogéneas e incluir –sin ser exhaustivos– desde la participación como “beneficiarios” de programas sociales estatales y/o la pertenencia a bachilleratos populares, hasta prácticas militantes en el activismo territorial, movimientos de desocupados, sindicatos y partidos políticos.

Sobre esta hipótesis conjetural cabe aclarar dos cosas: en primera instancia, el hecho de señalar que los modos de interpelación que toman al pueblo como sujeto pueden dar lugar a la formación de disposiciones políticas no implica una evaluación *a priori* en términos de autonomía o heteronomía. Allí también es una cuestión de *grados* entre los extremos “puros” de la autonomía plena y la delegación absoluta, o, si se quiere, entre “una reafirmación, vivida como liberadora [...] de la dignidad cultural” y la “sumisión a los valores dominantes” (Bourdieu, 1979: 460); cuestiones sólo elucidables en el marco de la investigación empírica de la formación de las disposiciones. En segunda instancia, aclaramos que nuestro señalamiento relativo a la formación de disposiciones políticas con fundamento en los capitales social y simbólico no es *exclusivo* de los modos de interpelación que toman al pueblo como sujeto, como es el caso del “kirchnerismo”: si tomamos ese modo de interpelación como punto de partida es porque se observa en el caso práctico que utilizamos como ilustración. Como hipótesis, la operación de los

capitales sociales y simbólicos sería extensible a otras acciones prácticas de formación de disposiciones políticas que interpelan a los sectores dominados, como es el caso, por ejemplo, del trabajo que realizan los partidos y organizaciones que componen el Frente de Izquierda y de los Trabajadores¹⁰ en fábricas y empresas de servicios públicos, operando desde una tradición histórico-política muy diferente a la “nacional y popular”, en la arena de lucha que conforma el *campo político*.

Conclusión

Los señalamientos esbozados hasta aquí nos llevan a rechazar ciertas afirmaciones taxativas de Bourdieu, tanto como las interpretaciones críticas polémicamente radicalizadas, que contribuyen muchas veces a perder de vista las gradaciones presentes en los diferentes dominios de las prácticas sociales. Entendemos que la obsesión del sociólogo con la dominación hace que, a medida que estructura su teoría hacia finales de los setenta, tienda a “mover la vara para el otro lado”, ganar en generalidad lo que pierde en sutileza y tomar como casos ejemplares los extremos de la dominación que se juegan entre el silencio de las clases populares o el “lenguaje de ciencias políticas” de las fracciones intelectuales de las clases dominantes. En el límite, esto puede llevar a confundir al conjunto de las clases dominadas con los casos de mayor *desposesión*, y a los diferentes lenguajes políticos con el lenguaje académico *sobre* la política. El caso de los “jóvenes” de clases populares que describimos aquí sólo, con sus claros límites ilustrativos, contribuye a *salir de los extremos* y pensar casos no encuadrables ni en la militancia política, ni en los intelectuales ni en la desposesión absoluta. Esto nos llama la atención sobre el hecho de que no tener en cuenta los *grados* en que se juega la *desposesión* en la distribución de las especies de capital impide conocer las posibilidades y limitaciones de las modalidades de comprensión y usos del lenguaje político que se juegan en las clases sociales dominadas, cuyo fundamento pueden ser otras especies de capital; cuestión que opera en el centro de nuestro tiempo presente latinoamericano.

¹⁰ Compuesto por el Partido Obrero (PO), el Partido de los Trabajadores Socialistas (PTS) e Izquierda Socialista (IS).

Bibliografía

- Bernstein, B. (1996). *Pedagogía, control simbólico e identidad*. Madrid: Morata.
- Bourdieu, P. (1970). *La reproduction*. París: Minuit.
- (1973) “L’opinion publique n’existe pas”. En: *Les temps modernes*, Nro. 318. París.
- ([1978] 1990b). “La ‘juventud’ no es más que una palabra”. En: *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.
- (1979). *La distinction. Critique sociale du Jugement*. París: Minuit.
- (1980). *Le sens pratique*. París: Minuit.
- ([1980] 1990a). “Cultura y política”. En: *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.
- (1981). “La représentation politique”. En: *Actes de la recherche en sciences sociales*, Vol. 36-37.
- (1984). “La délégation et le fétichisme politique”. En: *Actes de la recherche en sciences sociales*, Vol. 52-53.
- (1990). “La domination masculine”. En: *Actes de la recherche en sciences sociales*, Vol. 84.
- (1998). *La domination masculine*. París: Seuil.
- Bourdieu, P., A. Darbel et al. (1963). *Travail et Travailleurs en Algérie*. París: Mouton.
- Delfino, G. I. y E. M. Zubieta (2010). “Interés y preferencias políticas en estudiantes universitarios de la Ciudad de Buenos Aires”. En: *Perspectivas*, Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Gordon, A. y M. Moguillansky (2003). “Una mirada sobre la participación política estudiantil: el caso de la UBA”. Ponencia en *Congreso Latinoamericano de Educación Superior en el Siglo XXI*, San Luis.
- Grignon, C. y J. C. Passeron ([1989] 1991). *Lo culto y lo popular*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Gutiérrez, A. B. (2005). “Poder y representaciones: elementos para la construcción del campo político en la teoría de Bourdieu”. En: *Revista Complutense de Educación*. Nro. 2, Vol. 16.
- Kruger, M. (2012). “Significaciones juveniles sobre el territorio nacional en tiempos de globalización: un estudio sobre escolaridad, comprensión histórica y formación política en Argentina”. En: *Oficios Terrestres*, Nro. 28. La Plata.

- Kruger, M. y D. Bruno (2013). "Youth and Politics in the Argentine Context: Belief, Assessment, Disposition, and Political Practice among Young Students". En: *Les Cahiers de psychologie politique*. Université de Caen.
- Kruger, M. y J. Dukuen (2012a). "Clases sociales, capital cultural y participación política en jóvenes escolarizados. Una mirada desde Bourdieu". En: *Revista Question*. Vol. 1. La Plata.
- (2012b). "Juventud y política: hallazgos de un estudio empírico sobre las relaciones entre disposición a la participación política y capital cultural, entre jóvenes escolarizados de Buenos Aires y Conurbano (2010-12)". En: V Congreso Mundial por los Derechos de la Infancia y la Adolescencia. San Juan.
- (2013). "Disposiciones hacia la política y especies de capital en jóvenes escolarizados". En preparación.
- Heredia, M. (2012). "¿La formación de quién? Reflexiones sobre la teoría de Bourdieu y el estudio de las élites en la Argentina actual". En: Ziegler S. y V. Gessaghi (comps.). *Formación de las élites*. Buenos Aires: Manantial-Flacso.
- Lahire, B. (1995). *Tableaux de familles. Heurs et malheurs scolaires en milieux populaires*. París: Gallimard/Seuil.
- Lane, J. F. (2006). *Bourdieu's Politics. Problems and possibilities*. Londres: Routledge.
- Méndez, A. (2013). *El Colegio. La formación de una elite meritocrática en el Nacional Buenos Aires*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Nordmann, C. (2010). *Bourdieu y Rancière, la política entre sociología y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Vázquez, M. (2012a). "Relato histórico y categorías de inscripción pública del compromiso: aproximaciones al liderazgo como práctica militante". En: *Revista Trabajo y Sociedad*, Nro. 19, Santiago del Estero.
- (2012b). "Liderazgo y compromiso político desde una mirada diacrónica: una aproximación a tres generaciones de jóvenes militantes en movimientos de desocupados". En: *Utopía y Praxis Latinoamericana*, Año 17, Nro. 57, Venezuela.
- (2012c). "Jóvenes y *gestión militante*: repensando las fronteras y significados del activismo". Ponencia presentada en el Simposio Internacional de Investigadores en Infancias y Juventudes, CAICYT-CONICET, REDES y CINDE Manizales.
- Vázquez, M. y P. Vommaro (2012). "*Con la fuerza de la juventud*: aproximaciones a la militancia kirchnerista desde La Cámpera". En: Pérez, G. y A. Natalucci (comps.).

Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchneristas. Buenos Aires: Nueva Trilce.

Wacquant, L. (comp.) (2005). *El misterio del ministerio. Pierre Bourdieu y la política democrática.* Barcelona: Gedisa.